

Mariano José de Larra y la realidad de su tiempo: “la palabra todo ruido, confusión”¹

FERNANDEZ CIVALERO, Fernanda Belén / Universidad Nacional de Jujuy (UNJu) – ferchi312009@gmail.com

» Palabras clave: Wilhelm von Humboldt, lenguaje, palabra, realidad, Mariano José de Larra.

> **Resumen**

Wilhelm von Humboldt concibe el lenguaje como trabajo del espíritu, una manifestación a partir de la cual el hombre, además de comunicarse, logra percibir al mundo y lo real. Así, el lenguaje cumple una función mediadora entre el Yo y el mundo, un Yo que es un ser concreto y social, referido a un Tú que atiende a su palabra y la responde, y en esta comunicación van dando forma al mundo que los rodea. La visión original y particular que cada ser humano tiene de la realidad encuentra su expresión a través del lenguaje. Mariano José de Larra (1809-1837), escritor, periodista, político y uno de los grandes exponentes del Romanticismo español, moldeó su personalidad y su estilo en paralelo con los desórdenes de su época. La censura lo persiguió siempre, por lo que debió, a través de la sátira y la ironía, engañarla y buscó transmitir para el pueblo un mensaje de libertad y progreso. Por esta razón, se deberá tener presente el contexto histórico, social y político en el que Larra se encuentra y la forma en la que influye en su producción y concepción de la palabra y de la realidad. Sus artículos evidencian esta relación mediadora de la palabra entre autor y mundo. El espíritu romántico de Larra se transparenta en cada una de sus palabras, sin embargo, la concepción de hombre que lo inspira es de clara procedencia ilustrada, por ello no tardará en desengañarse de la realidad convulsionada de una España que se niega a abandonar los viejos hábitos que la mantienen en la mediocridad. En este trabajo se buscará llegar a una reflexión sobre la producción larriana, prestando especial atención a la relación de Larra con la palabra y la realidad.

> **Larra, palabra y realidad**

Mariano José de Larra (1809-1837), escritor y periodista español, moldeó su personalidad y estilo en paralelo con los desórdenes de su época. Para huir de las políticas borbónicas represivas debió, valiéndose de la sátira y la ironía, engañar la censura para poder transmitir al pueblo un mensaje de libertad y progreso. En 1828 comienza a escribir desde una posición de joven rebelde, comprometido, inteligente y elegante, sarcástico, misántropo y escéptico, de mente ilustrada y corazón rebelde. Con diecinueve años de edad creó y redactó la revista *El Duende Satírico del Día*, pero por razones políticas

¹ Larra, 1994 [1834]: 193.

debió cancelarla, dedicándose a la poesía y a traducciones del teatro francés. Más tarde, en 1832, decidió extender la modalidad de la primera revista en otra: *El pobrecito hablador*. La labor en su revista, más su colaboración en varios periódicos, lo fueron convirtiendo en un exitoso escritor. Todos sus artículos llevarán la marca de las aspiraciones políticas liberales que renacen con el final del régimen despótico de Fernando VII, y un nuevo Larra entra en escena con el seudónimo de *Fígaro*, que vino a sumarse a sus dos anteriores: *El Duende Satírico del Día* y *el Pobrecito Hablador*. Su espíritu creador se orientará de esta manera hacia la regeneración de la patria, a través de una prosa de denuncia, de búsqueda de libertad, justicia y educación para España.

El propósito de este trabajo es lograr una reflexión sobre la producción larriana, prestando atención a la compleja relación del autor con la palabra y la realidad, en diálogo con algunas ideas humanistas de Wilhelm von Humboldt, su contemporáneo.

Wilhelm von Humboldt (1767-1835), erudito, hombre de estado prusiano, y uno de los fundadores de la Universidad de Berlín, dedicó su vida a la educación, la política, las literaturas, las artes y las lenguas. Tras sus investigaciones antropológicas, concluyó que el *lenguaje* era “la forma en que más principalmente se manifiesta la capacidad de la fuerza del espíritu humano” (Humboldt, 1990: 30-34). Lo concibe como *trabajo del espíritu*, una manifestación a partir de la cual el hombre logra *percibir al mundo* y lo *real*. Así, el lenguaje cumple una función *mediadora* y a la vez *modelizante* entre el Yo y el mundo, un Yo que es un ser concreto y social, referido a un Tú que atiende a su palabra y la responde, y en esta comunicación dan forma a la realidad que los rodea.

Se trata, para Humboldt, de una actividad creadora, referida siempre a algo ya dado, pero que a su vez lo transforma. La visión original que cada ser humano tiene de la realidad encuentra su expresión en el lenguaje. A través de él, el hombre logra expresar y transmitir el mundo que lo rodea, de la manera en que lo entiende y lo percibe desde la fuerza de su propio espíritu, por ello cada producción es distinta y posible. De la misma manera en la que cada hombre expresa su visión del mundo, cada lengua será la expresión del espíritu de una nación, pues en ella se manifiesta la manera particular que tiene cada pueblo de entender el entorno que lo rodea. Con la palabra de un solo hombre es posible transmitir y representar toda la fuerza social, política e histórica de una nación y la lengua que precede al sujeto.

› **Larra y la fuerza del lenguaje**

Tras una detenida lectura de los artículos de Larra, se puede percibir una estrecha relación entre el autor y su tiempo, además se evidencia una concepción particular del lenguaje que le permite jugar con él para dar cuenta de la compleja realidad española de principios del siglo XIX. Es esto lo que hace posible pensar en un anclaje entre la escritura larriana y los postulados teóricos de Humboldt, pues ningún escritor puede vivir y escribir aislado de su contexto social, sino que, por el contrario, estará necesariamente influenciado por la realidad. Por ello, cuando la sociedad atravesase un periodo de desorden, las composiciones literarias proyectarán las convulsiones sociales de distintas maneras. Pero

además, la concepción del lenguaje como manifestación de “la capacidad de la fuerza del espíritu humano”, impulsa al escritor a valerse de esa fuerza, una energía capaz de movilizar no solo las conciencias, sino también las acciones de sus pares contemporáneos. Hay, al menos en el primer Larra, una confianza que le permite utilizar la palabra como motor del espíritu humano.

Por eso mismo, una de sus principales preocupaciones fueron las palabras, jugó con ellas y logró sacarlas del ámbito del habla² para ponerlas a su servicio. Reflexionó sobre el valor de la lengua (como sistema), su uso y utilidad. Pensó a las palabras siempre arraigadas en la realidad política y social de España, convirtiéndolas en agentes activos a través de la sátira. En su artículo titulado justamente “Las palabras”, las concibe como peligrosas armas de conducción, capaces de manipular a los hombres. De entrada, anticipa su postura, pues asegura que el uso del habla es la razón de la inferioridad del hombre en comparación con el animal, pues cree que estos últimos “no hablan, se entienden” (Larra, 1994 [1834]: 191). Enseguida imagina qué sucedería si se les diera a los animales el uso de la palabra:

[...] en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal o cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán «libros», para decir sus opiniones a los demás, a quienes creen que importan; el león más fuerte subirá a un árbol y convencerá a la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir a su albedrío, sino para obedecerle a él; y no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre a las cosas, y llamando a una «robo», a otra «mentira», a otra «asesinato», conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delinquentes los bosques (Larra, 1994 [1834]: 191-192).

Larra, como postula Humboldt, transmite una visión original y particular del mundo y de las palabras tal como los percibe. Crea mediante el uso de la fábula un mundo posible en donde los animales tienen la capacidad de hablar. Utiliza las palabras para hablar de ellas, pero va más allá pues también logra introducir una crítica social y política con tintes satíricos, ya que se trata de un artículo publicado en un año lleno de nuevos estatutos y reformas liberales, como la creación del Consejo de Ministros, transformaciones que Larra aprobó, pero al ver su inmovilismo y poco efecto renovador, criticó agudamente en este y otros artículos. Es claro que aquí lo hace de manera velada, deposita la crítica en aquel mundo posible donde los animales hablan, recurso que le permite evadir la censura del momento:

[...] querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo, ¡vive Dios!: éstos se dejarán degollar porque los mande uno solo, afición que nunca he podido entender; aquéllos querrán mandar a uno solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente [...] (Larra, 1994 [1834]: 192).

Critica, además, a la sociedad de la época, por dejarse convencer, por creer todo lo que el “león” les diga, por aplaudir al que use palabras pomposas: “El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree” (Larra, 1994 [1834]: 192). De esta manera, nuestro autor va a ser testigo del uso infructífero y dañino de las palabras vacías y

² En este caso, y siempre que se remita al término, se tendrá en cuenta la distinción de Ferdinand de Saussure entre *lengua* y *habla*, entendida la primera como sistema de expresiones convencionales usado por una comunidad, y el *habla* como el uso individual del sistema (Saussure, 2012: 7).

estereotipadas, palabras sin “aliento del espíritu”, movidas por otro tipo de poder: el político, al que ataca indirectamente en este artículo. También es consciente de la fuerza creadora, mediadora y modelizante del lenguaje, tal como Humboldt plantea, pues cree que es el uso del lenguaje el que determina la existencia de, por ejemplo, los delitos que él menciona: el robo, el asesinato y la mentira. En las líneas de este artículo, “Las palabras”, se puede leer una crítica a la hipocresía de la sociedad y del sistema. Larra los critica porque son ellos quienes, a través del lenguaje, crean lo que luego condenan. La ironía se construye sobre el presupuesto de la capacidad modelizante de la palabra, pues “la idea recogida en el lenguaje se vuelve un objeto para el alma y ejerce por ello una influencia externa sobre ella” (Humboldt, 1990: 86).

Humboldt sostiene que a través del mundo que el Yo representa con el lenguaje, se evidencia la realidad que lo rodea. Es esto justamente lo que hace Larra con el mundo posible que imagina, el de los animales que hablan, fábula que emplea para representar la situación de una España convulsionada donde todo es “ruido y confusión” (Larra, 1994 [1834]: 193).

En otro artículo publicado en el mismo año (1834), juega nuevamente con las palabras para evadir la censura: en “Lo que no se puede decir, no se debe decir” es irónico desde el título, pues se dedica a mencionar todo lo que la censura prohíbe. Sin embargo, insiste en la importancia de respetar la ley, y “critica” a aquellos hombres que hacen de la oposición un sistema:

Vaya usted a saber lo que quieren esos hombres. ¿No es un horror? Yo no. Dios me libre. El hombre ha de ser dócil y sumiso, y cuando está sobre todo en la clase de los súbditos, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar a los que le gobiernan? [...] La ley, señor, la ley. Clara está y terminante, impresa y todo (Larra, 1967 [1834]: 64).

Se ubica de esta manera en un plano distinto, donde los significados literales deben leerse en sentido opuesto a lo dicho, donde la descripción de la realidad incita a la rebelión. Proclamando el respeto por la ley y la autoridad, se exige a sí mismo y a sus lectores todo lo contrario: “Es verdad que me ocurrió; pero la ley no condena ocurrencia alguna” (Larra, 1967 [1834]: 66). “Yo no”, dice, no le compete criticar el reglamento de censura, afirma, pero al enumerar todo lo que no está permitido, lo critica y se rebela. Se rebela ante un sistema que le prohíbe hablar de ciertas cosas, un sistema que le impide estar en desacuerdo con la autoridad. Describe y critica, se sirve de la palabra que devela el mundo que lo rodea para condenarlo. Respecto a esto, Matías Montes Huidobro, haciendo un análisis del mismo artículo, sostiene que Larra “[c]uando niega, afirma. Pero esta acumulación de negaciones que se mueven en una sola dirección [...] son una rotunda afirmación contra el mecanismo de la censura” (1970: 36). De esta manera es la palabra, una vez más, el medio privilegiado para evadir la censura que se erige contra ella.

En este artículo no usa alegorías ni metáforas, no disfraza sus palabras, no imagina mundos posibles donde los animales hablen, simplemente describe la realidad de España tal como la entiende y la percibe, le voltea el juego al sistema: “Gran trabajo: no escribo nada; mejor para mí; mejor para él; mejor para el Gobierno: que encuentre alusiones en lo que no escribo. He aquí, he aquí el sistema” (Larra, 1967 [1834]: 66). Examina la ley y se jacta de conocerla puntillosamente mediante citas encomilladas pero,

en paralelo y de manera velada, critica el contenido de la ley, y al final el sentido del título cambia, pues incita a lo contrario: todo lo que no se puede decir, se *debería* decir.

Respecto a esto, Humboldt cree que lo que se transmite a través del lenguaje no es algo acabado y concluso, sino un estímulo cuya potencialidad incita al receptor a recrearlo (Garagalza, 2003: 246), con lo que se deduce que la capacidad de poder reconocer la verdadera intención de Larra en este artículo va a depender exclusivamente del destinatario. Veremos más adelante cómo radica aquí la gran desilusión y desesperanza de nuestro autor, al comprobar la sordera de su público lector.

Años atrás, en 1832, Larra dedicó un artículo al estudio del público, llamado “¿Quién es el público y dónde se le encuentra?”. En él describe su recorrido por las calles madrileñas en búsqueda de “[e]sa voz ‘público’, que todos traen en boca” (Larra, 1994 [1832]: 19). No duda de su existencia, su único objetivo es conocerlo y comprobar que todo lo que se dice de él es cierto, que se trata de un público ilustrado, indulgente, imparcial y respetable. Sin embargo, no tardará en desengañarse, pues concluye que no se trata de un público único, sino que está compuesto por seres y pareceres heterogéneos, caprichosos, injustos, parciales, intolerantes y rutineros.

Lo que hace el joven Larra no es otra cosa que describir a la sociedad española. Devela su espíritu al hacer un recorrido por las costumbres nacionales, las creencias políticas y religiosas, y los debates intelectuales, aunque considere que muchos “majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo” (Larra, 1994 [1832]: 20).

De esta manera, sus artículos –y este en especial– serán espejo de la civilización y de sus vicisitudes. En este punto se puede conectar nuevamente a Larra con el pensamiento de Humboldt; la palabra se convierte en expresión del espíritu nacional, de su temperamento. Con la palabra, Larra representa toda la fuerza social, política e histórica de España, dando a conocer la vida íntima y moral del pueblo. Recordemos que el siglo XIX fue una época de grandes contradicciones, en la que todo el cuerpo social y político, incluso el mismo espíritu creador, reñían entre dos tendencias opuestas. En lo político se desataron luchas civiles, conspiraciones, idas y vueltas entre una fracción conservadora partidaria del Régimen Absoluto y, por otro lado, aquellos que pregonaban un sistema liberal basado en una constitución que no tardaría en ser derogada. Este enfrentamiento llevó a que el pueblo se debatiera entre la tradición que el absolutismo pretendía conservar y el progreso que buscaban los liberales. De igual manera, en las artes se debatieron las ideas racionalistas de la Ilustración y el Clasicismo con las de un Romanticismo revolucionario capaz de provocar un colapso en la forma de ver el mundo, sustituyendo una forma tradicional por otra que implicaba un cambio de valores. Sin embargo, en España, como señala Derek Flitter (1995), prosperó un romanticismo de corte social e histórico, productor de una literatura espiritual, inherente a la religión, y opuesto al racionalismo y al materialismo.

Siempre comprometido con la realidad de su tiempo, una de las grandes obsesiones de Larra fue, como se pudo ver, la mordaz crítica y denuncia política y moral. Su espíritu exige y aclama libertad: libertad política, libertad de expresión y opinión, libertad civil. Creía que el mejor medio para lograrla era la educación, para difundir los conocimientos y mejorar la conducta social, por esto las costumbres

y la nación serán su tema central. En él se representa una nación de identidad escindida, un espíritu dividido entre dos tendencias. Su obra y su persona se nutren de las contradicciones de la historia: por un lado, nos muestra al liberal de ideas ilustradas, pero, por otro, al romántico social que elige los artículos de costumbres para brindar un preciso retrato de las prácticas públicas y privadas de sus contemporáneos, sirviéndose de la sátira y la ironía para criticar la inmovilidad e inacción del público para con la realidad política. Se trata de una sociedad que se sienta a ver pasar la historia de su país sin intervenir, simple espectadora de la vida que, en palabras de nuestro autor, “[...] gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local” (Larra, 1994 [1832]: 21). Larra reprocha su conformismo, su gusto y amor por un pasado deteriorado que no encaja con el presente “repitiendo este día los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida” (Larra, 1994 [1832]: 21). No son agentes activos constructores del porvenir, son simples reproductores de un sistema censor que tiende a la apatía, la indiferencia.

Larra, desde temprana edad y en sus primeras publicaciones, es consciente de que no puede esperar mucho de los lectores de sus artículos, sabe y entiende que su tarea y misión son complejas y hasta imposibles. Sin embargo, una fuerza en él clama por salir, pese a su carácter pueril e inocentón, tiene “gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público” (Larra, 1994 [1832]: 19) y, aun sabiendo quién y cómo es, quiere continuar, pues todavía confía en lo que hoy llamaríamos la capacidad performativa del lenguaje. Aún cree posible lograr un cambio a través de las palabras, insufladas de esa “fuerza del espíritu” a la que refiere Humboldt (1990).

Se servirá de la anécdota para dar paso a la crítica y a la sátira, siempre con propósito moral. Jugará con la ironía, monólogos, mistificaciones, pastiches, fingidas admiraciones, porque sabe que lo esencial se juega entre las palabras. Buscará ofrecer sus impresiones de la realidad cotidiana, para que el lector común pueda por lo menos intuir la crítica que se desliza en su prosa. Sin embargo, el público de la época se quedará solamente con el humor, ignorando –quizás por conveniencia o ingenuidad, o por efecto de la censura general impuesta– las consideraciones políticas, sociales y morales de Larra. Todo esto contribuyó a su creciente desilusión y desesperanza.

› **Últimas palabras**

A Larra y Humboldt los une una clara conciencia lingüística, con sentidos y propósitos distintos. Humboldt desde su lugar de antropólogo y lingüista reflexiona sobre el valor del lenguaje en la vida del hombre social y concreto. Mientras que Larra posee una profunda conciencia política teñida de un fuerte sentido moral y ético que le permiten un fino manejo del lenguaje. Manipulando el idioma, a través de rejugos constantes, y sirviéndose del humor satírico e irónico logra evadir a la censura, convirtiendo el proceso de lectura en un acto profundamente intelectual, donde de manera indirecta reflexiona sobre el lenguaje y sus capacidades.

“¡Maravilloso don de la palabra!” (Larra, 1994 [1834]: 193) aclama, maravilloso don puesto al servicio de un pueblo que se niega a escuchar, que se niega a ser partícipe activo de la comunicación. Larra pone al servicio de la nación su mejor arma: las palabras. Palabras que son ignoradas, y él lo sabe. Es consciente de la indiferencia del pueblo, de su quietud y pereza. Pretende cambiar la realidad, quiere algo nuevo, distinto, quiere libertad y progreso, palabras que parecen sinsentido para los españoles.

Sabe Larra que, sin la participación del público, del pueblo español, las palabras se quedan en el aire. La función modelizante y mediadora de la palabra queda en la nada, no es escuchada, no es posible cambiar el mundo si ese Tú, al que se dirige, lo ignora.

Comienza creyendo firmemente en la “fuerza del espíritu” que, como sostiene Humboldt, no solo es creativa sino también transformadora de lo ya dado (Lindig Cisneros, 2013: 21), pero al enfrentarse a la quietud y pereza del espíritu español, termina por desencantarse y toda la fuerza renovadora del lenguaje se tiñe de negatividad. Desesperanzado dirá: “Palabras todo, ruido, confusión: positivo, nada” (Larra, 1994 [1834]: 193); palabras que resumen su sentir y la realidad de su pueblo. Ya nada vale, ni las palabras: “¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!” (Larra, 1994 [1834]: 193).

› **Referencias bibliográficas**

Flitter, D. (1995). *Teoría y crítica del romanticismo español*. Gran Bretaña: Cambridge University Press.

Garagalza, L. (2003). Filosofía y lenguaje en la obra de Wilhelm von Humboldt. *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, 48(1), 237-348.

Humboldt, W. von (1990). *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*. Volumen 1. Barcelona: Anthropos.

Larra, M. J. de (1967 [1834]). Lo que no se puede decir, no se debe decir. *Artículos: Mariano José de Larra*. Buenos Aires: Kapelusz.

_____. (1994 [1832]). ¿Quién es el público y dónde se le encuentra? *Larra: Artículos de costumbres*. Barcelona: RBA.

_____. (1994 [1834]). Las palabras. *Larra: Artículos de costumbres*. Barcelona: RBA.

Lindig Cisneros, E. (2013). Génesis del lenguaje en Humboldt. *Acta poética*, 34(2), 15-33.

Montes Huidobro, M. (1970). La actitud diferencial en Larra: superficie y fondo de la angustia. *Hispanófila*, 39, 29-41.

Saussure, F. de (2012). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.